

pieza teatral, obra de Norton y Sackville (autor este último de uno de los episodios del mencionado libro) fue estrenada en 1561 en presencia de la Reina, a manera de viviente lección para una soberana.

Vuélvese en ella al tema del orden, pero encarado con perspectiva aún más vasta, pues no se trata sólo del orden político del reino, sino del orden universal emanado de Dios, y que debe reflejarse en el recto ordenamiento de los Estados. En una palabra: la filosofía de la historia revelada en "Gorboduc" es la misma que trasciende la obra shakespereana y que informa los versos majestuosos del "espejo".

Sin el interés por lo histórico, no nos explicaríamos buena parte de la temá-

tica de los "ingenios universitarios", precursores y rivales de Shakespeare; el "Tarmelán el Grande", el "Eduardo II" y el "Sir Thomas More" de Christopher Marlowe; el "Eduardo IV" de Heywood; el "Sejanus" de Ben Jonson; "La Batalla ed Alcázar" y el "Eduardo I" de Peele etc.

El genio shakespereano logró una visión extraordinariamente vasta y majestuosa de la historia de su patria. Bien podría decirse que la verdadera y única protagonista de sus tetralogías es Inglaterra, herida y traicionada, humillada y deshecha por la discordia de sus hijos; pero luego restituida y exaltada por el brazo de sus héroes y la acción providencial, hasta llegar a la plenitud de gloria y poderío que significó para ella el momento isabelino. ♦

teatro

cuando estamos casados

• JUAN CARLOS BRIE

EN el repertorio de todo autor teatral prolífero, encontramos piezas buenas y de las otras. Esta de John B. Priestley que hoy comentamos, es... de las otras.*

Claro está que cuando consideramos inferior una obra de un autor de los quilates de Priestley, lo hacemos comparándola con otras más felices de su repertorio. "Cuando Estamos Casados" no es una mala muestra del género. Simplemente es más floja que otras de su autor. Y es una lástima, porque su argumento habría la posibilidad de plasmar algo chispeante y auténticamente divertido: Tres parejas que se han casado el mismo día,

descubren, en ocasión de festejar sus bodas de plata, que, por una omisión de orden burocrático, no están legítimamente unidas en matrimonio. Las reacciones son violentas y diversas. Afloran entonces los convencionalismos, las conveniencias, los egoísmos y los resentimientos acumulados durante veinticinco años y también, afortunadamente, el amor. Podrán continuar su vida matrimonial sin inconvenientes, pero la lección no habrá sido en balde y los matrimonios aprenderán (al menos parecen dispuestos a ello) a ser más generosos y tolerantes.

Creemos que de esta idea pudo sacarse

mucho jugo y que la mayor parte de él quedó en el tintero de Priestley. El argumento se enreda innecesariamente, hay personajes secundarios que nada quitan e ponen a la acción, hay parlamentos inútiles o desmedidamente largos y aburridos y hay morosidad donde debió existir ritmo dramático y vivaz. Por otra parte, la dirección de Roberto Dairiens agravó las fallas expuestas, pues no dio con el espíritu de la obra, careció de matices y no supo sacar partido de las situaciones graciosas o sentimentales. Si la marcación de movimientos fue aceptable, no puede decirse lo mismo con los tonos. Los actores estuvieron monocordes y dijeron sus partes a velocidad inaudita, sobre todo en el primer acto. Con muy escasas excepciones, pronunciaban las eses como navajazos. No debe confundirse vocalización con afectación.

Carmen Giménez, compuso una excelente Señora Northrop. El resto del nutrido elenco actuó en un parecido nivel de mediana eficiencia.

Bueno el vestuario y correcto el decorado de María de la Concepción Ramírez.

2 x 3 = ABSURDO

Tal vez por influencia de una época de transición, paradójica y llena de contrastes, el absurdo ha invadido los escenarios del mundo, al extremo de transformarlos en verdaderas cajas de sorpresas. En lugar de apretar un resorte, el espectador sólo debe sentarse en su butaca (ventaja del siglo XX) para asistir, divertido, azorado o molesto, según la índole o calidad del espectáculo, a una apoteosis del disparate.

Teatro de los Independientes, siempre entre los primeros en todo lo que signifique intento renovador, ofrece en esta ocasión una verdadera maratón del género, al poner en escena cuatro piezas de un acto de autores y méritos diversos.

Dos de ellas son de origen francés y las restantes de autores vernáculos. Nos

referiremos a ellas por el orden en que son representadas.

La Oficina de Informaciones, de Jean Tardieu, comienza como una sátira a las reparticiones públicas y la burocracia, y concluye como una disertación sobre el destino del hombre, hábilmente matizada con un poco de misterio y ternura. Es una obra agradable, de buena factura, que hace pensar, pero que se resiente algo en su unidad por el viraje temático de que damos cuenta más arriba. La interpretación de Rodolfo Graziano, como encargado, y Roberto García Paz, como cliente, correcta, sin ser sobresaliente.

El Centro, de Carlos Borsani, es un agudo estudio porteño. Hay en esta obra una profunda observación psicológica, auténtico humor (a veces algo negro) y originalidad expresiva. El argumento es un delgado hilo que sirve para mostrar caracteres y aspectos de la vida cotidiana en un barrio de Buenos Aires. Borsani ha realizado un trabajo excelente y pone de manifiesto auténticas dotes de autor, que deseáramos ver confirmadas en un trabajo de mayor extensión.

En tercer lugar se ofrece *La Joven Casadera*, de Ionesco, que es una de las mejores producciones de este abandonado del disparate. Tiene gracia, ingenio, actualidad y ritmo y culmina con un gracioso e imprevisto absurdo. Fue muy bien interpretada por Virginia Romy, Rodolfo Graziano y Luis Fusé.

Cierra el programa *Pic-Nic en el Campo de Batalla*, de Arabal, que, lamentablemente, dista mucho de estar a tono con las demás piezas. Se trata de una pretendida sátira contra la guerra y el militarismo que, en rigor de verdad, no es sino un mediocre sketch, de dudoso gusto, digno de figurar en alguna revista del Maipo o El Nacional. Honestamente no nos explicamos su inclusión en este programa.

La dirección, de Francisco Fuente Buena, acertada en general, sin ser descollante. Correctas las traducciones de Francisco Javier. Sumamente pobre la escenografía de Luis Fusé. ♦